

Así León sus rasgos peregrinos.
 En el molde encerraba de Venusa;
 Así despojos de profanas gentes
 Adornaron tal vez nuestros altares,
 Y de Cristo en Basílica trocóse
 Más de un templo gentil purificado.
 ¡Adiós, adiós, liberto venusino!
 En vano el Septentrión hordas salvajes
 De nuevo lanzará: sobre el estrago
 Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
 De mal papel é innúmeras erratas,
 Que con amor en mis estantes guardo.



TRADUCTORES CASTELLANOS

DE

HORACIO

MONOGRAFÍA BIBLIOGRÁFICA, CON NOTICIAS É INDICACIONES ACERCA DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES ESPAÑOLES DE ESTE LÍRICO LATINO.

I.

DOLIÉNDOME de que nuestra literatura careciese aún de una *Biblioteca de traductores*, dejado aparte el ligerísimo ensayo de Pellicer, y perdidos ó ignorados los posteriores del P. Bartolomé Pou¹, de Capmany y de D. Eustaquio Fernández de Navarrete, determiné, tiempo ha, llenar este vacío en cuanto

¹ Vid. Bover (D. Joaquín María), *Biblioteca de escritores baleares*, Palma, imp. de P. J. Gelabert, 1868. En el tomo II, página 140 y siguientes, le extracta, según el MS. que él poseía. El título exacto del trabajo del P. Pou era *Specimen editionum auctorum classicorum*. Los traductores son sólo una parte, y es la que Bover extracta.

mis fuerzas alcanzasen, y tras investigaciones asiduas, no siempre desgraciadas, llegué á reunir buen número de materiales; en cuya ordenación y crítica me he ocupado y ocupo todavía, hallándome muy próximo á terminar este trabajo, de no leve empeño, aunque de mérito poco ó ninguno. Por acomodarme al uso general de los bibliógrafos y facilitar el manejo de esta obra, más propia para consulta que para lectura seguida, adopté el orden alfabético de traductores, sin perjuicio de agruparlos por lenguas, autores interpretados, etc., etc., en índices finales. Y como no á todos agradan la disposición y árido estilo de los libros bibliográficos, pensé que no sería inútil el formar con los datos mismos de la *Biblioteca*, ó con parte de ellos á lo menos, una serie de monografías en que, por modo más fácil y ameno, en cuanto la materia y el pobre ingenio del autor lo consienten, se diese cuenta de todas ó la mayor parte de las traducciones de cada autor ó grupo de autores, v. gr., Homero, los trágicos griegos, los líricos, los historiadores, Aristóteles, Lucrecio, los elegiacos latinos, Virgilio, Horacio, Ovidio, *et sic de caeteris*, ilustrando la materia con citas y cotejos, y apuntando las noticias más curiosas que con los traductores se rozasen, para que de tal suerte quedase ilustrada en buena parte la historia de los estudios clásicos en nuestro sue-

lo, materia sobrado importante que me propongo dilucidar, una vez recogidos todos los datos indispensables para tal intento.

Hoy publico la de los intérpretes de Horacio, ciñéndome rigurosamente al asunto, y sin más pretensión que la de llevar una piedra al suntuoso edificio levantado por la erudición de cuatro siglos al más moderno en su espíritu de todos los poetas antiguos. No hay rincón alguno de su obra donde la sagacidad de sus comentaristas no haya penetrado. Passow, Franke, Walckenaer, Teuffel, Noël des Vergers y otros innumerables, han reconstruido su biografía con los datos esparcidos en sus obras y en sus escoliastas, y con las noticias de Suetonio. Unos han querido seguirle año por año: otros nos han dado hasta el plano y las vistas fotográficas de su casa de campo. Se ha escrito una biblioteca entera para fijar la cronología aproximada de cada una de sus obras, en lo cual han sudado, más ó menos fructuosamente, generaciones de filólogos, hasta los modernos y excelentes trabajos de Fürstenau, Sökeland, Streuber, Zumpt, Ueberweg, Clodig y otros que con poca erudición se pueden citar, y que todavía no han dicho la última palabra. Otros han tratado de las costumbres de Horacio, de sus amigos, de sus amores, de sus ideas filosóficas, de su doctrina literaria, de sus formas métricas, de las imitaciones que hizo

de los griegos, de los verbos que inventó, del uso que hace del infinitivo, etc. Sobre cada una de las odas y de las sátiras, ¿qué digo? sobre cada verso ó pasaje notable, hay sendas monografías latinas ó alemanas. La difusión de sus obras ha sido superior á la de todos los libros humanos, puesto que la Biblia no lo es. Más de 260 manuscritos de Horacio se conocen, copiados todos antes de la invención de la imprenta. Y las ediciones, ¿quién las vió todas juntas, ni dónde está el catálogo completo? Hay quien las calcula en mil y quinientas. Ediciones críticas, y ediciones vulgares; ediciones completas para los sabios, y ediciones expurgadas para las escuelas, trozos selectos y antologías, comentarios perpetuos, notas y apostillas, glosas é interpretaciones, *excursus* críticos, traducciones en verso, traducciones en prosa, traducciones interlineales, traducciones parafrásticas, imitaciones directas y confesadas, plagios y reminiscencias.... ¡Qué enorme zumbido el de la colmena horaciana! Muchos tienen nombre famoso en la república de las letras, sólo, ó casi sólo, por haber ilustrado á Horacio, ó limpiado y corregido su texto: así, entre los antiguos, Acron y Porphyryon; así, entre los modernos, Moreto, Lambino, Cruquio, el Obispo Torrencio, Daniel Heinsio, Andrés Dacier, Ricardo Bentley, Cuningham, el P. Sanadon, Desprez, Mitscherlich, Baxter y Gessner, Ernesti,

Bothe, Pauly, Ritter, Haupt, Jahn, el extravagantisimo holandés P. Hofman Peerlkamp, y su émulo el sueco Ljunberg, que rechazan como apócrifas ó interpoladas é indignas de Horacio gran parte de las odas, atribuyéndolas el primero á frailes y á poetastros de la Edad Media (*cujusdam monachi.... cujusdam poetastris....*), y todavía más cerca de nosotros, Muller, Keller y Hölder, con otros infinitos sabios, que se encuentran en cualquiera bibliografía, y de cuyos nombres hago gracia á mis lectores. ¿Quién me dice á mí que, por arrimarme á buena sombra, no me alcanzará, cuando ya estén olvidados todos mis libros, un rayo nada más de la modesta luz que despiden, en algún manual clásico, como el de Teuffel, no ya los nombres de los colosos de la filología al modo de Bentley, sino los de los modestos autores de alguna *recreación* ó *amenidad* filológica, v. gr.: *De alliterationis apud Horatium usu*, *De biatu in versibus Horatii lyricis*, ó *De Horatii verbis singularibus*. Y eso que el trabajo que hoy emprendo, ni siquiera tiene el mérito de la originalidad absoluta, puesto que ya H. Fritzsche, en un breve artículo de revista filológica, disertó *sobre el influjo de Horacio en la poesía lírica alemana*, y sin duda en otras naciones habrán hecho otros algo semejante, aunque yo no los conozco. De todas suertes, la parte española está intacta.

No con traducciones, sino con imitaciones, empezó á manifestarse entre nosotros la influencia horaciana, al revés de lo que aconteció con otros clásicos. Horacio fué de los poetas latinos menos saboreados en la Edad Media, y hasta muy entrado el siglo xv apenas encontramos reminiscencias de sus ideas y estilo. Ofrécenos una muy notable el esclarecido Marqués de Santillana, que debió conocer ya, aunque en no muy correctos originales, las obras del lírico latino. Demuestranlo las estancias XVI, XVII y XVIII de la *Comedieta de Ponza*, en las cuales felizmente parafrasea el *Beatus ille*:

« ¡ Benditos aquellos que con el azada
Sustentan sus vidas é viven contentos,
É de cuando en cuando conocen morada
É sufren pascientes las lluvias é vientos!
Ca estos non temen los sus movimientos,
Nin saben las cosas del tiempo passado,
Nin de las presentes se facen cuidado,
Nin las venideras do han nascimiento.

¡ Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruesas redes é canes ardidos,
É saben las trochas é las delanteras,
É fieren del arco en tiempos debidos!
Ca estos por saña non son conmovidos,
Nin vana cobdicia los tiene sujetos,
Nin quieren thesoros, nin sienten affetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

¡ Benditos aquellos que, cuando las flores
Se muestran al mundo, desciben las aves,
É fuyen las pompas é vanos honores,

É ledos escuchan sus cantos süaves!
¡ Benditos aquellos que en pequeñas naves
Siguen los pescados en pobres traynas,
Ca estos non temen las lides marinas,
Nin cierra sobre ellos fortuna sus llaves! »

Justamente obtuvo este bellissimo pasaje las alabanzas del docto Hernando de Herrera, que le transcribe en las *Anotaciones á Garcilasso*. El poema á que pertenecen las estancias transcritas permaneció inédito hasta nuestros días, en que sucesivamente le imprimieron D. Eugenio de Ochoa en las *Rimas inéditas de D. Íñigo López de Mendoza, Fernán Pérez de Guzmán*, y otros poetas del siglo xv (París, 1844), y D. José Amador de los Ríos en su excelente edición de las *Obras del Marqués de Santillana* (Madrid, 1852, pág. 103¹).

II.

En el siglo siguiente, época del mayor florecimiento de los estudios clásicos entre nosotros,

¹ El códice de que se valió Herrera pertenecía á Argote de Molina.

En la costa de Santander se ha conservado con leve alteración el nombre de *traynas*, hoy *trañeras*, en significación de lanchas pescadoras, usado por el Marqués de Santillana.

Amador ha notado en las obras del Marqués de Santillana dos menciones muy vagas de Horacio, una de ellas á través de Dante (páginas 94 y 247 de su edición), y un verso extrañamente alterado y citado como de memoria, en el *Probemio al Condestable de Portugal*:

« *Quem nova concepit olla, servabit odorem.* »

ábrese la serie de traductores é imitadores horacianos, no menos que con Garcilasso, que si no interpretó de propósito ninguna oda del Venu-sino, emuló gallardamente en *La Flor de Gnido* las increpaciones de Horacio á Lidia, seductora del joven Sibaris :

« Por ti, como solía,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía, » etc.

Y es muy de notar esta oda, tanto por su belleza intrínseca, como por ser la primera composición lírica verdaderamente y del todo *clásica* que aparece en nuestro Parnaso; *clásica* al modo latino, no al toscano; *clásica* en las ideas, en la sobriedad, en la rapidez, y hasta en el corte rítmico. En varios pasajes de sus églogas, canciones y sonetos, demuestra asimismo el vate toledano estar empapado en las ideas y en el estilo de Horacio, cuyos pensamientos sabe hacerse propios con aquella facultad de asimilación que tanto le separa de los imitadores vulgares.

Al frente de los traductores en verso debiéramos colocar el nombre ilustre de D. Diego Hurtado de Mendoza, á ser realmente suya la animada y elegante traducción del *Solvitur acris hyems* (oda 4.^a del libro I de Horacio), que á su nombre insertó Pedro de Espinosa en las *Flores de poetas ilustres*. Véanse algunas octavas de esta

versión, quizá un poco parafrástica, pero en lo demás excelente :

« Ya comienza el invierno riguroso
Á templar su furor con la venida
De Favonio suave y amoroso,
Que nuevo ser da al campo y nueva vida;
Y viendo el mercadante bullicioso
Que á navegar el tiempo le convida,
Con máquinas al mar sus naves echa,
Y el ocio torpe y vil de sí desecha.

Ya no quiere el ganado en los cerrados
Establos recogerse, ni el villano
Huelga de estar al fuego, ni en los prados
Blanquea ya el rocío helado y cano;
Ya Venus con sus ninfas concertados
Bailes ordena, mientras su Vulcano,
Con los Ciclópes, en la fragua ardiente,
Está al trabajo atento y diligente.

.....
Ya de verde arrayán y varias flores
Que á producir el campo alegre empieza,
Podemos componer de mil colores
Guirnaldas que nos ciñan la cabeza.

.....
Que bien tienes ¡ oh Sexto! ya entendido
Que la muerte amarilla va igualmente
Á la choza del pobre desvalido
Y al alcázar real del rey potente:
La vida es tan incierta y tan medido
Su término, que debe el que es prudente
Enfrenar el deseo y la esperanza
De cosas cuyo fin tarde se alcanza », etc., etc.

Pero dudo mucho que esta oda traducida pertenecza á Mendoza, y conmigo lo dudará todo

el que repare en lo perfecto y acabado de las formas métricas de esta composición. Cotéjense estos endecasílabos con los de Boscán en el *Templo de Amor*, que imitó del Bembo ¹, con los del mismo Mendoza en la *Fábula de Adonis*, *Hipomenes* y *Atalanta*, y se palpará muy notable diferencia. Ni Boscán ni Mendoza, que tan fatal afición tenían á los finales agudos, y tan sin medida los empleaban, y tan descuidados eran en cuanto al número y armonía de los versos, hubieran escrito estas octavas, compuestas sin duda á mediados del siglo xvi, cuando ya Gregorio Silyestre había fijado la ley de los acentos en el endecasílabo, después que el buen gusto había desterrado de las obras de arte mayor los versos agudos. En la traducción que antes cité, nunca se observan tales defectos; y, fuera de una estancia asonantada (descuido común en nuestros mejores poetas), puede pasar por un modelo en la parte métrica. Además, es extraño que semejante oda no parezca en las *Obras poéticas del insigne caballero D. Diego de Mendoza*, recopiladas por Frey Juan Diaz Hidalgo, del hábito de San Juan, é impresas en Madrid por Juan de la Cuesta en 1610. Hidalgo debió conocerla, porque las *Flores de poetas ilustres* se habían impreso cinco años antes, y debió insertarla, porque no era escabrosa ni

¹ Son las estancias que empiezan:

« En el dorado y lúcido Oriente. »

para omitida, como los elogios de la cola, de la pulga ¹ y de la zanahoria, que juzgó conveniente dejar inéditos por respeto á la pública honestidad. Á mi entender, no incluyó la oda á *Sextio*, por constarle no ser obra del insigne político, capitán, historiador y poeta, sino de Fr. Luís de León, á cuyo nombre se ha publicado siempre, excepto en el libro de Espinosa, quien pudo muy bien equivocarse en esta como en otras atribuciones hechas de ligero y sin suficiente prueba. Contra su autoridad milita la de todos los códices de obras de Fr. Luís de León, la de todas las ediciones de las poesías del mismo agustino, y la prueba de estilo, que, aunque no segura por sí sola, contribuye á robustecer las pruebas del hecho. Por lo demás, D. Diego de Mendoza anduvo feliz en la imitación de algunas epístolas horacianas, especialmente de la dirigida á Munacio, que comienza *Nibil mirari*, recordada por nuestro poeta en la que dedicó á su grande amigo Boscán:

« El no maravillarse hombre de nada
Me parece, Boscán, ser una cosa
Que basta á darnos vida descansada.... ² »

Casualmente he citado el nombre egregio de

¹ Atribúyense por algunos á Gutierre de Cetina; pero es más creíble que pertenezcan á Mendoza, cuyo nombre llevan en muchos códices.

² Después de escritos, aunque no impresos, los párrafos relativos á D. Diego de Mendoza, apareció el tomo xi de *Libros*

Fr. Luis de León, y este es lugar oportuno para hablar de sus versiones horacianas. Excusado sería detenerme en encarecimientos y alabanzas á las poesías originales de nuestro primer lírico, pues ni quiero repetir lo sabido, ni hallo palabras dignas de su gloria, ni es este lugar oportuno como no sea para repetir una vez más

« *Onorate l'altissimo poeta...* »

Baste decir, por lo que á mi propósito se refiere, que Fr. Luis de León encarnó su vigoroso pensamiento en las formas de la poesía antigua, y en especial en las de Horacio, *vertiendo en las*

raras y curiosos (Madrid, Ginesta, 1877), que comprende una nueva y más completa edición de las *Poesías* del insigne prócer, formada con diligencia por el norte-americano Sr. Knapp. En este volumen se ha suprimido la traducción del *Soluitur acris*, que, como demostré en el texto, es de Fr. Luis de León (a). En esto tiene razón el Sr. Knapp, pero no en censurar á D. Adolfo de Castro por haberla admitido como auténtica, siguiendo la autoridad de Espinosa, que al cabo es grande. Mayor y más imperdonable pecado, sin autoridad que lo disculpe, comete el nuevo editor en dar por *inédita*, y de Mendoza ó de Cetina, la heroida ovidiana de *Dido á Eneas*, traducida por D. Hernando de Acuña é impresa en sus *Poesías* desde 1591. Con descubrimientos como éste, medrados estamos. Tan conocida era esa composición, que de memoria la conservaban nuestros antiguos humanistas; á lo cual se agrega el estar reimpresa en el *Par naso Español* y en otras partes. No hemos de fiarnos sólo de lo que dicen los códices. A las buenas lecciones de la edición de

(a) La cuestión acaba de variar de aspecto. y por mi parte tengo que dejarla indecisa, aunque la autoridad de los códices me inclina á Fr. Luis de León. Mi erudito amigo D. Juan Quirós de los Ríos, que posee muy raras noticias de los poetas antequeranos y granadinos de las *Flores* de Espinosa, acaba de descubrir que el *Diego de Mendoza* de las *Flores*, no es D. Diego Hurtado, sino un capitán Diego de Mendoza Barros, vecino de Antequera, que murió en Valladolid en 1601.

antiguas tinajas vino nuevo, ó trabajando con manos cristianas el mármol gentilico, para valernos de una frase exacta y feliz. Pero no de sus odas *propias*, sino de las *traducidas*, voy á tratar, apun-

Hidalgo (que algunas tiene) sustituyen en la nueva edición crítica verdaderos yerros, por ejemplo, en el soneto 2.º:

« *Crudos momentos en mí malgastados,* »

donde Hidalgo y D. Adolfo de Castro escribieron bien

« *Crudos momentos en mí malgastados.* »

Tampoco está del todo correcto el texto de las obras inéditas, v. gr.:

« *Y el decir: « envíe una dueña mía,* »

en lugar de *envíe una dueña mía*, como pide el sentido,

« *Y la crenehilla rubia, aunque burtada,* »

en vez de *burtada*.

Todos estos son *peccata minuta*, aunque no sé si calificar de tal el dar por inédito el soneto:

« *Tiéneme el agua de los ojos ciego...* »

que Herrera imprimió en sus *Anotaciones á Garcilasso*, diciendo que *pensaban algunos ser su autor Francisco de las Cuevas*. Ni paran aquí las ediciones de este soneto inédito, puesto que el P. Merino lo reimprimió en el tomo vi de las *Obras de Fray Luis de León*, cuyo nombre lleva en un códice Magliabechiano, que yo también he examinado. En el mismo códice están completas las obras de burlas de Fr. Melchor de la Serna, y entre ellas varios *sonetos* que pasan por de D. Diego de Mendoza, entre ellos:

« *Dentro de un santo templo un hombre honrado...* »

« *Oh Venus, alcahueta y hechicera!*... »

No juraré que sean de aquel fraile, tan decidido cultivador de la poesía lasciva; pero de todas suertes debió advertirse.

Nada de esto suene á censura para el erudito extranjero señor Knapp, cuyos trabajos en pro de nuestra literatura aplaudo y envidio. Pero, como todos erramos, los propios *lapsus* deben hacernos indulgentes con las ajenas flaquezas.

tando ante todo algunas noticias bibliográficas convenientes y aun necesarias.

Las poesías del maestro León se dividen en tres libros, de los cuales abraza el primero las originales, el segundo las traducciones de poetas profanos, y el tercero las de algunos salmos, capítulos de Job y otras poesías bíblicas. Existen diferentes ediciones, que registraré por su orden.

En 1574, hallándose Fr. Luis en las cárceles del Santo Oficio, publicó el Brocense sus anotaciones á Garcilasso, insertando en ellas las traducciones de las odas XXII del libro I, X del II, LXIII del IV, y II del *Epodon*, de Horacio, poniendo en la primera la advertencia siguiente: «Y porque un docto de estos reinos la tradujo bien, y hay pocas cosas de estas en nuestra lengua, la pondré aquí toda, y así entiendo hacer en el discurso de estas anotaciones.» Calló, sin duda, el nombre del intérprete, por no atizar el odio de sus perseguidores.

Cuarenta años después de la muerte de Fray Luis de León, deseoso D. Francisco de Quevedo de oponer un dique al torrente del culteranismo, hizo correr de molde las rimas del sabio agustino, valiéndose de un manuscrito mendoso é incompleto que le facilitó el magistral de Sevilla D. Manuel Sarmiento de Mendoza, amigo de Justo Lipsio y docto ilustrador de Marcial. He

aquí la nota bibliográfica del tomo estampado por Quevedo:

«*Obras propias y traducciones Latinas, Griegas y Italianas. Con la paráfrasi de algunos Psalmos y capítulos de Job. Autor el doctísimo y reverendísimo padre Fr. Luis de León, de la gloriosa orden del grande doctor y patriarca San Agustín. Sacadas de la librería de D. Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo de la magistral de la Santa Iglesia de Sevilla. Dalas á la impresión D. Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago. Ilústralas con el nombre y la protección del Conde-Duque, gran Canciller, mi señor. Con privilegio.—En Madrid.—En la Imprenta del Reino.—Año de MDCXXXI.—Á costa de Domingo González, mercader de libros. 16.º, 228 fs.*»

Lleva aprobaciones de Valdivielso y Vándershanmen, y se encabeza con dos notables discursos de Quevedo, encabezados el uno á Sarmiento, y al Conde-Duque el otro.

Reimprimiéronse estas poesías el mismo año en Milán, por Felipe Guisolfi, dedicadas al duque de Feria, D. Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba.

Ambas impresiones salieron afeadas con graves erratas, y una y otra carecen de gran número de poesías auténticas, al paso que encierran otras con error atribuidas al maestro León. Durante el siglo XVII no tornaron á reproducirse,

y sólo en el segundo tercio del XVIII el erudito valenciano D. Gregorio Mayans Siscar diólas de nuevo á la estampa (Valencia, 1761, por Joseph Tomás Lucas), acrecentadas con la glosa del *Miserere*¹ y la canción á *Cristo crucificado*, que atribuyó á Fr. Luís, y es de Miguel Sánchez². Corrigiéronse en esta edición valenciana muchos yerros, quedando, no obstante, algunos bien de notar, entre ellos la repetición (en las páginas 7 y 70) de la oda al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices, repetición conservada por el mayor número de editores modernos, que ni siquiera han reparado en ello. Y copias fieles del tomo estampado por diligencia de Mayans son las ediciones de 1785, 1790, y otras muy conocidas que fuera superfluo enumerar.

Á pesar de todo, estas reimpresiones, incompletas y llenas aún de erratas, no podían satisfacer el anhelo de los eruditos y aficionados á Fr. Luís, y hacíase cada día más necesaria una edición completa y esmerada. Con tal fin, el agustino P. Méndez, compañero y biógrafo de Flórez, comenzó á reunir poesías inéditas del autor de los *Nombres de Cristo*, y noticias para su vida, unas y otras sin gran método ni críti-

¹ Hay una edición antigua y muy rara de esta poesía (Salamanca, 1607) en pliego suelto.

² Imprimióse anónima en Madrid, 1618, y á nombre de Fr. Luís, en Madrid, 1727, y Valencia, 1757.

ca, hasta formar dos enormes volúmenes, llenos en gran parte de las malas compañías que, según Fr. Luís, se juntaron á sus versos. El docto y diligente autor de la *Tipografía española* comunicó buena parte de sus hallazgos al colector del *Parnaso español* D. Juan José López Sedano, quien, sin pararse en barras, incluyó en su colección precisamente las de autenticidad más dudosa. Ni con los trabajos de Méndez, ni con las atropelladas publicaciones de Sedano, adelantaron nada las poesías de León. Por fin, en los primeros años de la presente centuria, un muy docto agustino, segundo continuador de *La España Sagrada*, puso mano en la tarea de reunir y depurar las producciones de su ilustre compañero de hábito, para lo cual reconoció gran número de códices, separó con diligencia las obras legítimas de las de autenticidad controvertible, y dió á luz una excelente colección, hoy harto olvidada, con ser la *única* completa, la *única* que hace fe, y la *única* en que podemos leer el texto libre de los absurdos de editores y copistas. Consta de seis volúmenes en 4.º, y el último, que abraza las poesías, fué impreso en 1816. Pero como si no existiese tal edición ni quedase memoria de ella, los editores más recientes han prescindido de su texto, para atenerse al de Mayans siendo imperdonable el pecado del colector del tomo xxxvii de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, que dió como

inéditas varias composiciones ya vulgarizadas por el P. Merino.

Contienen todas las ediciones de Fr. Luís las odas siguientes traducidas de Horacio:

Del libro primero:

- I. *Maecenas atavis.* (Dos traducciones, una en verso suelto, y otra en liras.)
- IV. *Solvitur acris hyems.*
- V. *Quis multa gracilis.*
- XIII. *Cum tu, Lydia.*
- XIV. *Ob navis, referent in mare.*
- XIX. *Mater saeva cupidinum.*
- XXII. *Integer vitae.*
- XXIII. *Vitas binnuleo.*
- XXX. *Ob Venus regina.*
- XXXIII. *Albi, ne doleas.*

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris tibi pejerati.*
- X. *Rectius vives, Licini.*
- XIV. *Eheu fugaces.*
- XVIII. *Non ebur neque aurum.*

Del libro tercero:

- IV. *Descende coelo.*
- VII. *Quid fles, Asterie.* (Imprimióse á nombre del Brocense, al fin de las poesías del bachiller Francisco de la Torre.)
- IX. *Donec gratus eram tibi.*

X. *Extremum Tanaim.*

XVI. *Inclusam Danaem.*

XXVII. *Impios parrae.*

Del libro cuarto:

I. *Intermissa diu.*

XIII. *Audivere Di mea, Lyce.*

Del *Epodon*:

II. *Beatus ille.*

Hállanse sólo en la edición del P. Merino, que las tomó de un manuscrito de la Biblioteca Colombina, las que á continuación registramos:

Del libro primero:

- XIX. *Mater saeva Cupidinum.* Distinta de la impresa, superior á ella, y muy digna de Fr. Luís de León.
- XXIV. *Quis desiderio.* Están trocados los nombres de Virgilio y Quintilio en *Francisco* (quizá el Brocense), y *D. Juan* (acaso de Almeida).
- XXXIII. *Albi, ne doleas.* Distinta de la impresa.

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris.* Diversa de la generalmente conocida.
- IX. *Non semper.*
- XVI. *Otium Divos.*

Del libro tercero:

- IX. *Donec eram gratus.* Distinta de la impresa.

Á nombre de Fr. Luís aparecen asimismo en varios códices la traducción que hizo el Brocense del *Quis multa gracilis*, y la que del *Ulla si juris* trabajó Lupercio Leonardo de Argensola.

Es indisputable que las *siete* versiones dadas á conocer por Fr. Antolín Merino pertenecen á poetas de la escuela salmantina, y que sin desdoro pueden atribuirse al maestro León; pero me parece asimismo fuera de duda que no todas salieron de su mano, y quizá algunas sean del Brocense, del maestro Tormón, de Espinosa, de Almeida ó de algún otro poeta de la misma época y estilo. Hasta ahora no he hallado datos que lo confirmen; pero el haber en el códice poesías de estos y otros autores, induce á sospechar que algún copista trastrocó las producciones de unos y de otros. Y desde luego da que pensar el ver incluídas entre estas traducciones una que conocidamente es de Francisco Sánchez, y otra del mayor de los Argensolas.

En cuanto á las veintitres ó veinticuatro, que sin género de duda pertenecen á Fr. Luís de León, hay que concederles el primer lugar entre las nuestras. ¿Y cómo no, si Fr. Luís es nuestro gran poeta horaciano? Cierto que lo es todavía más cuando imita que cuando traduce: cierto que en sus versiones, propiamente dichas, abundan los versos flojos, y hasta inarmónicos y mal medidos, las frases desmayadas, y aun las torcidas inteligen-

cias del sentido, tales algunas que pueden inducir á creer que nos las habemos con los primeros ensayos y tanteos del poeta, antes de adquirir fuerza en sus alas para volar hasta las estrellas, en la *Noche Serena*, ó para adivinar y describir con las plumas de los ángeles *La Vida del Cielo*, ó para seguir con ojos extáticos *La Ascensión* del Señor. A veces incurre, aun como latinista, en tales distracciones, que en buena ley no pueden achacarse á la incuria de los impresores, por no haber modo de salvar el tropiezo, ni constar en los manuscritos variante alguna. Tal acontece en la oda XVIII del libro III:

«*Quid quod usque proximos
Revellis agri terminos, et ultra
Limites clientium
Salis avarus....*»

Donde traduce Fr. Luís de León:

«Tomando vas á todos
Tus vasallos la tierra que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes, en sus tierras te has entrado,
Y de *sal* avariento,
Solo á robar lo ajeno estás atento.»

Inadvertencia notable fué tomar la segunda persona del verbo *salio* por el genitivo de *sal*.

Pero así y todo, ¡cuántas versiones muy lamidas y muy peinadas de elegantes humanistas á lo Burgos (que con tanto desdén suele hablar

de ellas) pueden darse por uno solo de esos rasguños tan informes y á veces tan desmañados! Yo bien sé, por ejemplo, que la traducción del *Mater saeva cupidinum* es de las peores, hasta el punto de tener una estrofa casi ininteligible; pero sé también que el *vultus nimium lubricus aspici* nunca se traducirá mejor que diciendo, como dijo nuestro poeta :

« Grande deslizadero á quien le mira. »

No hay que juzgar las traducciones de Fr. Luís de León con criterio de escuela ó de academia. Fr. Luís de León es un gran poeta, que interpreta á otro poeta, en muchas cosas de su temple (afin en el estro lírico, aunque en las fuentes de inspiración haya diferencia), y vierte é infunde su propia alma en lo mismo que imita y traduce, dándole vida y colorido propios. Por eso, cuando acierta, acierta como nadie en precisión y en fuerza :

« No trates más en vano ,
 ¡ Oh de amor dulce cruda engendradora !
 Rendirme, que estoy cano
 Y duro para amar : vete en buen hora :
 Revuelve allá tu llama
 Sobre la gente moza que te llama. »
 (Lib. iv, oda 1.ª)

¡ Cuánta poesía hay en cualquiera de sus audacias de lenguaje! ¡ Qué majestad antigua en

medio de su aparente llaneza ! ¡ Qué vulgarismos tan poderosos y tan empapados en la realidad! Léase con especial atención el *Beatus ille*. Para quien tiene ojos y alma, cada palabra del traductor es una revelación. Otro cuente los versos duros y las rimas falsas; por mi parte, aseguro que nunca llegaremos los españoles á penetrarnos del sabor de lo antiguo, hasta que rompamos con la tradición altisonante y académica del siglo pasado, de los Quintanas y Gallegos, y aprendamos á estimar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta. Yo bien sé que á oídos acostumbrados á la *trompa de Mavorte* y á la *esposa dócil del celoso toro* han de sonarles á cosa plebeya y humilde aquellas divinas estrofas :

« Ya poda el ramo inútil, y ya enxiere
 En su vez el extraño;
 Ó castra sus colmenas, ó si quiere,
 Tresquila su rebaño.
 ¡ Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
 La su frente galana,
 Con cuánto gozo coge la alta pera,
 Las uvas como grana!

 El agua en las acequias corre, y cantan
 Los pájaros sin dueño :
 Las fuentes al murmullo que levantan
 Despiertan dulce sueño.

 Cual hace la Sabina ó Calabresa
 De andar al sol tostada,
 Y ya que viene el dueño, enciende apriessa
 - XXVII -

La leña no mojada,
 Y ataja entre los zarzos los ganados,
 Y los ordeña luego,
 Y pone mil manjares no comprados,
 Y el vino como fuego....»

Si alguien no siente esta poesía, suya será ciertamente la desgracia, y de sus maestros, aunque se tuviesen por clásicos, y no ciertamente nuestra. Á mí me enamora en Fr. Luís de León hasta el desenfado con que trueca en contemporánea suya la poesía de Horacio, remozando frases y alusiones. Así, v. gr., el *agna festis caesa terminalibus* se convierte en «la oveja el disanto degollada». Cuando Fr. Luís de León traía á Horacio de la mano para introducirle en nuestro Parnaso, no le consideraba como un poeta antiguo, sino como á alguien de su familia y de su casa. Le modifica conforme á su índole; le da rusticidad y le quita aliño. Leído en Fr. Luís de León, Horacio nos parece poeta más primitivo y menos culto que en su original.

Después de los trabajos del sabio expositor del libro de Job, merecen especial aprecio los de su amigo Francisco Sánchez de las Brozas, catedrático de retórica y lengua griega en la insigne Universidad de Salamanca, bien conocido por sus trabajos filológicos, y en especial por su docta *Minerva seu de causis linguae Latinae*, impresa en Salamanca por vez primera el año 1587, y reproducida después *catorce veces* por lo menos, siem-

pre fuera de España. Dedicó el Brocense buena parte de sus tareas á la ilustración de autores clásicos; hizo una excelente edición de la *Geografía* de Pomponio Mela, comentó las *Églogas* de Virgilio, las *Sátiras* de Persio, el *Ibis* de Ovidio, el *Ternario* de Ausonio, las *Silvas* de Ángelo Policiano, y los *Emblemas* de Alciato, y publicó dos exposiciones distintas de la *Poética* de Horacio. La primera, impresa el año 1571, en Amberes¹, al fin de su tratado *De arte dicendi*, es muy breve y lleva el título siguiente: *De auctoribus interpretandis sive de exercitatione poetica praecepta*. La segunda, mucho más extensa y notable, fué estampada en Salamanca, en 1591, con el título de *In artem poeticam Horatii annotationes.... Apud Joannem et Andream Renaut fratres*. Aprobóla el doctor Gómez de Contreras, y exornáronla con versos laudatorios Francisco Morales Cabrera, Juan Bautista Munguía y Luís de Cabrera Morales. El Brocense cayó en la tentación de trasponer la colocación de algunos versos, para dar más método á la Epístola, que él consideraba como verdadero código poético. El comentario está distribuido del modo siguiente: viene primero el texto dividido por preceptos, á continuación la *Ecphrasis* ó pará-

¹ Después de escrito esto, he adquirido otra edición, que es indisputablemente la primera. (Salamanca, por Matías Gast, 1558.)